

CUATRO CUARTILLAS

SUBIRACHS, UN LUJO

Al escultor Josep Maria Subirachs le corresponden varias primicias. Por ejemplo, el haber sacado el arte abstracto a la calle.

Recuerdo el estupor de la gente cuando al final del Paseo Nacional de la Barceloneta apareció aquella «Evocación marinera». ¿Es que el país, el país oficial (que era quien hacía los encargos y los pagaba) se había vuelto loco? ¿

Subirachs se defendió:

—Mi escultura participa del ancla, del timón, es algo así como un objeto devuelto por el mar...

La verdad es que poco antes había ya situado al aire libre otra pieza similar, una forma de hormigón, a la entrada de los jardines de los Hogares Mundet. Pero, al quedar lejos del centro de la ciudad, pocos la habían notado. Yo, sí, y me pareció algo así como un perro vigilando la puerta.

—¿Un perro? ¿Por qué no? —me dijo el autor.

Es la ventaja de este tipo de escultura, que responde a todas las suposiciones.

De Josep Maria Subirachs se pensará lo que se quiera, pero nadie le negará la coherencia. Y la consecuencia. Ahora, José Corredor-Matheos, el agudo crítico de arte, le ha dedicado una espléndida monografía, impresa y presentada con el mimo tradicional de Ediciones Polígrafa, que es un libro apasionante, pues la historia de Subirachs, su evolución queda magistralmente explicada y retratada.

El protagonista de la historia nació en el Poble Nou, lo cual tampoco es detalle negligible cuando el biógrafo lo enzarza nada menos que el mediterraneanismo predicado por Xènius. En un número de la revista «Poble Nou» del año 1927 se publica una nota de sociedad diciendo que «el nostre benivolgut amic senyor Josep Subirachs ha vist enjoiada la seva llar amb la vinguda al món d'un xamós plançó». El gracioso vástago era nuestro Josep Maria, que con el tiempo sería ilustre escultor. ¿Dónde está Xènius?, preguntará mi lector. Pues, en la misma revista, unas páginas más allá de la nota de sociedad, en la reseña de una conferencia que aquellos días se había dado en el Ateneu Enciclopèdic Popular bajo el título «La nova promoció catalana davant de la campanya de descàrrec orsià». La revista «Poble Nou» opinaba que en plena Dictadura y en Catalunya no era adecuado reivindicar a don Eugenio d'Ors. Y acaso tuviera razón.

Sin embargo, una cosa son las actitudes políticas y otra muy distinta la buena semilla lanzada. El mediterraneanismo eran Maillol, Clarà y Casanovas, el trío de escultores que idolatró el joven Subirachs en su adolescencia, que influenciaron sus primeras obras. Fue un artista precoz, como prueban las obras presentadas, a los dieciséis años, en una exposición colectiva de artistas locales celebrada en L'Aliança del Poble Nou. Y las figuras femeninas de 1946, 47 y 48, reproducidas en las primeras páginas del libro, y algunas de las cuales, para que no haya duda acerca de su espíritu, llevan los clarísimos títulos de «Mediterránea» y de «Cadaqués».

Mientras, su autor ganábalo la vida en los oficios más diversos: mecánico, dependiente de anticuario, empleado de

oficina, dibujante, dorador... Estimo que todos le han servido. Si el Subirachs 1975, el de la vuelta al renacentismo, el que hace guiños al barroco, el revalorizador del modernismo, el de las alusiones eróticas, despierta aún suspicacias entre los académicos furiosos, en cambio reconocen unánimemente su habilidad, todos celebran su conciencia artesana que le lleva a un perfecto acabado de sus obras. El mismo Corredor-Matheos, al enjuiciar las posteriores etapas de su biografiado, no puede evitar este comentario: «Esta época, en la escultura de Subirachs, es de refinamiento e incluso de lujo».

Subirachs, un lujo a su alcance, escribo yo, parodiando el «slogan» aquel del turismo español. Al alcance del pueblo, por cuanto, como antes he dicho, muchas de sus obras decoran calles, parques, paisajes. Entre las más soberbias, el santuario de la Virgen del Camino (León), su fachada principal con unas grandes figuras de los doce apóstoles y la Virgen en el centro, con cuatro puertas de bronce, amén de otros elementos escultóricos del interior del templo.

La imaginería del santuario de la Virgen del Camino corresponde a la fase tardía del expresionismo de Subirachs, expresionismo que fue el puente que le condujo del clasicismo mediterráneo a la abstracción. De la abstracción derivó a la escultura en hierro y a esas otras obras catalogadas por Corredor-Matheos como penetraciones y tensiones, a base de cuñas, que en ocasiones, más que esculturas, parecen juguetes o rompecabezas. La obra mayor de esta tendencia es el monumento a las Olimpiadas de Méjico (1968), que mide 9,50 metros por 10,70 por 4,10 y pesa 160 toneladas. Otra obra de cuña menor, pero, asimismo, significativa, es el monumento en hormigón y bronce dedicado a Barcelona, de cerca de seis metros de altura emplazado en el Parque de Montjuïc. Y hay todavía otros, muchos otros Subirachs callejeros, por ejemplo, los murales del nuevo edificio del Ayuntamiento de Barcelona, el edificio de gran altura en la plaza de Sant Miquel.

No creo que ningún otro escultor de su generación y de su estilo haya hecho tanto acto de presencia pública. ¿A qué no se ha atrevido Subirachs? En el libro que estoy comentando descubro una inesperada obra suya: sendas instalaciones para leones y tigres del Parque Zoológico de Madrid. Nuestro artista no se priva de nada. Del mediterraneanismo a la estatuaría griega y a Bernini, que ahora es lo suyo, habiendo pasado por el expresionismo y por la abstracción, diríase que ha dado ya la vuelta completa. Sin embargo, teniendo en cuenta que sólo tiene cuarenta y ocho años, no hay más remedio que suscribir las palabras finales del largo ensayo que le dedica Corredor-Matheos: «Que una obra abierta, con mayores posibilidades acaso que nunca, sobre la que habrá que volver de nuevo repetidamente».

¡Ah, se me olvidaba! Del mismo modo que ha evolucionado tanto artísticamente, Subirachs tampoco se ha mantenido en el mismo barrio. Viva y trabaja ahora en una casita que el arquitecto Antoni de Moragas le construyó en el inicio de la carretera de l'Arrabassada.